Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

Mis primeros años en el Instituto

Francisco Tortolero Cervantes*

"Aquí la paga no es muy buena, pero a fuerza de estar rodeado de libros, algo bueno se te va a tener que pegar". Estas fueron las palabras de don Santiago Barajas, viejo sabio y entrañable consejero de muchos de quienes llegamos al Instituto hace algunos años. Que en mi caso empiezan a parecer bastantes ya. Con frecuencia lo recuerdo como portador del buen augurio al incorporarme en esta comunidad de investigación que me es tan querida.

Su oficina se encontraba en el primer piso oriente, probablemente en el espacio que se encuentra justo abajo del que hoy ocupo (que por mi parte, heredé de don Gregorio Rodríguez Mejía, con todo y los libreros que quiero suponer adquirió, que serán legados junto con todo el mobiliario de la Universidad al investigador que me suceda en este cubículo algún día, espero lejano). En su muy amena conversación, don Santiago nos contaba que durante sus años mozos, cada que tenía un hijo tenía que solicitar que le dieran una clase más "para poder afrontar el gasto; ni modo". Al final de sus días, este conocido especialista del derecho social mexicano junto a su amigo de toda la vida, don Héctor Fix, nos compartían a mi querido colega Alfredo Sánchez y a mí (en desayunos memorables que terminaban a la hora del almuerzo) muchas historias del Instituto que seguramente quedarán plasmadas en este libro.

Celebro esta iniciativa que a todos nos ha servido para recordar amigos y situaciones que hablan del sentido de comunidad y la forma en que ésta se ha ido construyendo. Estoy seguro que servirá para preservar una constante que, según mi experiencia, debe entender todo aquel que quiera no sólo volverse investigador, técnico académico o compañero del personal administrativo de

* Investigador titular A.

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

esta institución, sino vivir, pertenecer y disfrutar de este espacio académico de excepción. Incluso con afán de entenderlo. Pues quienes llevamos más años en esto, entendemos que la comunidad del Instituto es lo más parecido a una familia, en toda la extensión de la palabra.

Don Santiago

Como adelanté, mi primer encuentro con el Instituto ocurrió en el inicio de 1994, marcado por el anuncio de la proclama zapatista y el asesinato de Luis Donaldo Colosio. Como muchos compañeros de la Facultad de Derecho, durante los primeros semestres de la carrera trabajé como pasante en un despacho (en mi caso, especializado en quiebras y suspensión de pagos). Justo antes de acercarme al Instituto, había decidido terminar esta etapa que hoy considero muy formativa. Pero decidí dejarla porque los horarios y los viajes al interior del país me estaban haciendo descuidar las clases. Y como la actividad académica me llamaba la atención, conseguí la cita que acabo de referir con don Santiago, en busca de consejo; acaso pensando que alguien "de casa" me explicara cuál era la manera de tocar la puerta; de tener una oportunidad como auxiliar de investigación y, sobre todo, de darme cuenta si este negocio era lo que yo querría como actividad futura. Conocía a su hija Laura, cercana amiga de mi familia, quien sabe lo importante que fue para mí aquel primer acercamiento.

En aquellos años no existían los veranos de investigación, tan útiles para medir fuerzas y para permitir a estudiantes de todo el país acudir a centros como éste a darse cuenta si el interés, parecido al que yo intuía, podría ser una verdadera vocación o si los aparentes sacrificios de los que me hablaba don Santiago debían llevarle a uno a buscar otros derroteros.

Habría tal cantidad de trabajo en las áreas de apoyo a la investigación que de inmediato se me dio una oportunidad "como meritorio", condición que seis meses después se convirtió en un modesto pero muy apreciado contrato de honorarios. Debo decir que buena parte de quienes hoy somos investigadores sabemos que el lugar en esta familia se tiene que ganar. Aquella había sido la ruta más transitada desde los primeros años del Instituto, y me parece que lo sigue siendo. Por mi situación escolar de aquellos años, la falta de méritos de estudio, por encontrarme en los primeros semestres de la licenciatura, nos llevaba a todos los que coincidimos durante esos años a hacer méritos en la trinchera. La primera de la que tengo recuerdos muy gratos, fue la que me

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

abrió los ojos del papel que cada uno de quienes trabajamos juega y sigue jugando, y del sentido de acoplamiento familiar que esto implica en esta institución que no ha dejado de crecer.

Legislación

El área estaba dirigida por Juan José Ríos Estavillo, quien me dio la bienvenida y una bata blanca desde mi llegada. No quiero ser omiso al recordar a todos los queridos amigos que me enseñaron los procesos de actualización de las bases de datos legislativos que entonces eran una fuente fundamental de información, única en México: UNAM-JURE. El grado de avance de aquellas bases de datos (que durante muchos años justificaron que las grandes empresas norteamericanas de sistematización del derecho, como Lexis-Nexis y Westlaw no encontraran negocio en nuestro país) se construían en el Centro de Legislación a partir de la actualización de los periódicos oficiales que afanosamente debían conseguirse a lo largo y ancho de la república, por supuesto en versión impresa. Los recuerdos los seguimos haciendo cada que veo a Miguel Alejandro López, Violeta y Arturito Anzures, por supuesto a Gilda y Paloma.

En ánimo de desmentir a todo aquel que piense que el Instituto no se ha distinguido por fomentar actividades deportivas de alto rendimiento entre sus integrantes, creo oportuno compartir una historia que representa uno de los intentos que por desgracia no rindieron los frutos que esperábamos, pero que dan muestra de la ya vieja hermandad que ha fomentado nuestra convivencia cotidiana.

El espacio al que me voy a referir ocupaba entonces la sección que hace menos años fue transformada en cubículos para investigadores (en el ala del Instituto que actualmente es el anexo del primer piso, donde se encuentra la revista *Cuestiones Constitucionales* y que al momento de su remodelación alguien bautizó ingeniosamente como "Almoloyita"). Pues bien, los largos pasillos que conducían a los salones de análisis de leyes así como al acervo de legislación servían como pistas deportivas en donde los camaradas del área nos entrenábamos con tesón, en sillas equipadas con ruedas (no siempre tan bien aceitadas) inspirados por los trineos de *Bobsleigh* de los deportes invernales. Debo decir que con el tiempo, llegamos a desarrollar una técnica bastante depurada para tomar las curvas a velocidades considerables (y sin peralte). En los pasillos, debíamos sortear unos armatostes de computadoras *Burroughs* que hoy me hacen pensar en una película de Kubrik (con foquitos

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

verdes y todo), que algún día habían servido para procesar datos a gran escala con técnicas binarias seguramente muy avanzadas.

No estábamos tan mal; creo que lo que nos faltó fue práctica, pues baste ver a los famosos integrantes del equipo olímpico jamaiquino, que ya en esos años se entrenaba en las calles de aquella isla caribeña en carritos de supermercado, y ellos sí terminarían yendo a varias olimpiadas de invierno. Nuestro equipo, capitaneado por Ilayali, no logró por desgracia los tiempos de calificación para acudir a los juegos de Lillehammer, pero los entrenamientos nos sirvieron para hacernos entrañables.

Esta comunidad de amigos (que conservo hasta la fecha) la pude ampliar gracias a la invitación que el verano siguiente me hizo nuestra recordada y queridísima jefa Marcia Muñoz, quien ya como coordinadora de la Biblioteca a su regreso del doctorado en Francia, me invitó a ser técnico académico, puesto que más tarde concursé y ocupé hasta 1997, pues salí del país para iniciar el doctorado.

Marcia y su mítica Biblioteca

La Biblioteca ha sido siempre un área central para el Instituto. Durante los dos años siguientes a mi incorporación en esa área, se recibieron numerosas donaciones de acervos de distinguidos profesores universitarios. Éstos, junto con otros que ya estaban en posesión del Instituto, los fuimos clasificando y catalogando en una tarea que fue en verdad considerable de todos quienes trabajamos ahí. Si no mal recuerdo, en ese periodo se logró homologar la clasificación y procesamiento manual de cerca de medio millón de volúmenes en un lapso de acaso dos años.

Aquello también nos acercó con los queridos camaradas que han entregado su vida a esta fundamental tarea de mantener en pie este aparato tan complejo, como Leo, Arturo, Chelita, Isabel. Por el otro lado, los técnicos académicos que nos encargábamos de la elaboración del *Avance* y el *Boletín de adquisiciones bibliográficas* (que entiendo, poco tiempo atrás elaboraban los investigadores directamente). Esa tarea significaba un ejercicio interesantísimo que nos obligaba a repasar las adquisiciones que recibíamos cada mes por compra o por canje (en centenares) de muchos países del mundo. Esto nos permitía conocer las tendencias temáticas, que desde luego repartíamos sin mayores pugnas entre todos nosotros, dedicados a materias diversas. Ahí coincidimos y nos hicimos amigos Alfredo, Laura, Mary Carmen, Luis Felipe,

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

Gaby, Luz María, David, Chela; las más jóvenes que entraron primero como prestadoras de servicio social eran Sarah y Jazmín. De ahí pudimos seguir con estudios de posgrado (unos en el extranjero, otros en México). Marcia logró conjuntar un equipo que fue capaz de llevar a cabo la tarea que describí más arriba, de regularizar la clasificación de los acervos pendientes.

De esa larga lista de acervos (Serra Rojas, Vázquez Pando, Noriega Cantú, Silvio Zavala, César Sepúlveda, Ruiz Massieu), recuerdo gratamente haber ido a recibir las cajas de libros a los domicilios particulares de varios de ellos. Incluso a meterlos en cajas para luego subirlos en camionetas de la UNAM, como ocurrió con la biblioteca personal de don Felipe Tena Ramírez.

Don Felipe había dispuesto un legado compartido, de suerte que su colección debía dividirse a razón de una mitad para nosotros y la otra mitad para la biblioteca de la Escuela Libre de Derecho. Desde luego, disposiciones testamentarias de esta naturaleza a veces pueden llegar a complicarse; concretamente cuando se trataba de obras colectivas.

Los primeros en llegar a ver esa valiosa colección nos percatamos que (muy probablemente por instrucciones del propio dueño) se habían colocado unos pequeños engomados circulares para marcar el destino alternado de los libros, unos para aquí, otros para allá. Y creo recordar que a nosotros nos tocaban los volúmenes con la etiqueta de color naranja. Debo admitir que al ser los descubridores del tesoro, hicimos un pequeño ajuste que consideramos útil para ambas instituciones y para el acervo: despegamos las etiquetas de algunas obras colectivas, esto es, de los volúmenes nones o de los pares, procurando que la obra completa quedara en una sola institución. Esto debido a que en más de un caso, los volúmenes con número par habían sido destinadas para un lado y los de numero non para el otro. Tal vez se nos habría podido recriminar el haber desobedecido la última voluntad del ilustre dueño, pero como la situación nos pareció poco práctica, lo consultamos con nuestra querida Marcia. Ella accedió; eso sí, llevándose consigo este secreto a la tumba.

Luego supe que por muy salomónica que parecía la voluntad de don Felipe, no era la primera vez que una solución de este tipo se practicaba. Años más tarde regresó la historia a mi memoria, cuando escuché la forma en que se separaron los acervos de la Universidad Pública Libre de Bruselas, que por cuestiones lingüísticas, se vio obligada a partir en dos su gran biblioteca, yendo una parte de las colecciones a parar a la demarcación territorial Wallona (francófona) y la otra a la parte Flamenca (neerlandófona) del país. Pero esto sin tomar en cuenta criterios lingüísticos sino numéricos. Los libros registrados con números de serie par terminaron en una biblioteca, y los nones en

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

la otra. Entiendo que hasta el día de hoy, los estudiantes belgas que necesitan consultar una obra colectiva, saben que en caso de tener que consultar el tomo 1 y el 4, deberán afrontar la tarea de ir primero a la biblioteca de Bruselas, para luego desplazarse a la de Louvain-la-Neuve para poder tener acceso a los dos tomos que refiero en mi ejemplo.

Pues bien, recuerdo que quienes somos responsables de esta solución, decidimos tratar de conservar aquellas obras colectivas de un solo lado. Sin embargo, mis también estimados amigos de la Libre pueden confiar que hicimos lo posible para no hacer demasiado evidente nuestra parcialidad institucional al escoger lo que considerábamos más afín a los temas cercanos a nuestros investigadores, logrando además que quedara en nuestro resguardo. Pero lo que cuidamos no alterar por ningún motivo fue el número de volúmenes que quedó en cada institución. Eso sí, incluso de obras colectivas de mucho valor que terminaron conservando su unidad también en la biblioteca que puede consultarse en la calle de Balderas y Salto del Agua.

Los monstruos del pasillo

En la Biblioteca del Instituto, nuestro espacio de trabajo lo componían no solamente los acervos, en los que pasábamos buena parte del tiempo. Nuestros cubículos de entonces se encuentran todavía en un pasillo iluminado que cada que vuelvo a recorrer me trae un par de risas involuntarias. Como todo en esta parte de la Ciudad Universitaria, el espacio arquitectónico está incrustado en una riquísima reserva ecológica donde, como sabemos, coexiste una diversidad de especies vegetales y animales que alguna vez llegamos a conocer en carne propia.

Era viernes; entraba y salía del cubículo de Laura (quien nos supervisaba) con una pila de libros enfundado en la característica bata blanca y el tapabocas que nos evitaba estar en contacto con algún agente patógeno que en ocasiones guardan los libros con el paso del tiempo. Al salir por aquella que era la puerta más alejada del pasillo, me di cuenta que tenía que acomodar los libros o se me caerían, por lo que los dejé momentáneamente en el suelo. En ese momento, a dos centímetros de mi nariz, vi un espécimen que me parecía gigantesco; de aspecto cuaternario, con dientes afilados y lengua alargada. Por supuesto que mi reacción fue correr lo más rápido que pude rumbo a la salida ante los gritos de "correeee, sáaalvatee" de Luis Felipe y Gaby (y los míos, seguramente). Me vino un *flashback* a la escena en que Indiana Jones tenía tras

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

de sí una roca gigante girando a lo largo de un túnel a punto de aplastarlo. El reptil que les cuento corría también atrás de mí, sólo que tenía una cara divertidísima, sacando la lengua y rebotando en el piso mientras corría, junto a mí. En algún momento trepó por la pared y siguió corriendo hacia mí caminando con toda seguridad por el techo.

Por supuesto, no quise averiguar si se trataba de un lagarto rudimentario o de una lagartija bien alimentada. Ya a salvo en mi cubículo, lo más inteligente que se me pudo ocurrir fue pedirle a David Cienfuegos, nuestro estimadísimo camarada guerrerense, que nos dijera qué podíamos hacer con ese prehistórico animal. "Hagámoslo en caldo". Se acercó a él, con toda naturalidad (me acuerdo que estaba parado junto a la señal de alarma contra incendios). Lo tomó con la mano presionándole el lomo, y como si se tratara de una separata inofensiva, lo llevó hacia la ventana para que se reincorporara a su hábitat natural: las ventajas de tener oriundos de toda la república, al momento de solucionar estas situaciones inusuales para un originario del Bajío acostumbrado a otra fauna.

Don Lucio

Del personal administrativo encargado de mantenimiento y seguridad del edificio, la camaradería se traduce en gratitud: gracias a ellos se puede vivir en condiciones adecuadas dentro del espacio de trabajo. En la Biblioteca, el ambiente siempre fue cordial; todos hacíamos bromas sobre nuestros lugares de origen. Yo procuraba, eso sí, ser sumamente firme y además objetivo al referirme al lugar donde me crié como la cuna de la civilización occidental: Celaya. Claro. De esas menciones, más en broma que en serio, un buen día, del matrimonio muy comedido que duró trabajando muchos años para la institución, formado por Chabelita y don Lucio, este último se me acercó temeroso para preguntarme si yo visitaba con frecuencia Celaya. Le dije que sí pues en aquellos años mis papás vivían allá.

Y me dijo "mi papá también era de allá, pero tengo una prohibición de pisar esa ciudad, licenciado; caray, no vaya ser que usted tenga relación con mis parientes". Traté de darle confianza para que se sincerara conmigo. Por fin me dijo lo que se moría de ganas de compartirme: era hijo de Lucio Vázquez, el conocido revolucionario; "el del corrido", como él me contó. Nunca me atreví a preguntarle si formalmente había sido reconocido al nacer, pero yo me dirigía a él con el homónimo del padre.

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

De lo que me reveló, una noche que ya no quedaba nadie en los pasillos, entendí el temor que le daba visitar mi ciudad natal. Radicaba en que una vez, de joven, había intentado visitar a sus parientes de Celaya (a quienes muy probablemente les había hecho justicia la Revolución). Y entonces, llegó a hospedarse a un hotel.

Se dirigía a todos nosotros, los técnicos académicos, con la diligencia de llamarnos "licenciado", aunque casi todos estábamos apenas terminando la carrera. "Entonces, llegó al hotel un muchacho como de mi edad que me dijo amenazante '¿qué vino usted a buscar aquí, mi amigo?… mis hermanos y yo sabemos de usted; le damos todo el día de hoy para volver por donde vino'. Fíjese nada más: seguro pensaban que venía a reclamar herencia". Y claro, no era para menos. Se cuenta que otra conocida familia de la ciudad había hecho fortuna (hoy propietarios de la gasera más importante del país) a raíz del descubrimiento que hizo el abuelo en la revolución: un furgón de ferrocarril lleno de monedas de plata.

Me pudo mucho saber que don Lucio murió el año pasado; me habría gustado mucho ir a despedirme al velorio; saludar a Chabelita y decirle todo lo que apreciamos su trabajo. Un camarada, que como muchos otros, se dedicó al Instituto en cuerpo y alma. Tal vez es este el sentimiento que genera formar parte de un equipo; que es una muestra de cómo los que pertenecemos a él hemos crecido interesándonos por los demás, pero sobre todo disfrutando las cosas buenas de esta Universidad. La camaradería que da la convivencia y saber que las edificaciones que más trascienden no las construyen sólo individuos. Mi gratitud a los visionarios que hace 75 años dieron origen a esta gran familia.

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas